

Max Gallo

Los Romanos

MARCO AURELIO

EL MARTIRIO DE LOS CRISTIANOS

Los Romanos
IV



¡LOS cristianos a los leones! Julio Prisco, ciudadano de Roma, ha oído durante toda su vida este grito en boca de la plebe. Ha visto a la joven cristiana Blandina y a sus hermanos en la fe ir al martirio para gozar de Dios. Pero él cree en los dioses de Roma y es amigo de Marco Aurelio, el emperador filósofo que sostiene que solo alguien con la mentalidad de un niño puede creer que es posible cambiar el mundo.

Julio Prisco es un testigo privilegiado de la vida romana en su total dimensión. Ha recorrido el Imperio desde las orillas del Danubio hasta Palestina. En Roma vive en el palacio imperial, pero conoce y frecuenta las tabernas y los lupanares.

Su relación con Doma, una joven cristiana, y con Eclectos, un maestro de su comunidad religiosa, le siembran dudas.

Se pregunta si esa nueva religión podría suponer una esperanza en una Roma sumida en la injusticia, asesinatos y desenfrenos de los que es partícipe Cómodo, hijo de Marco Aurelio, convertido a su vez en emperador tras la muerte de este. Si se puede seguir viviendo cuando la sabiduría de un Marco Aurelio ha sido barrida por la locura de Cómodo que gobierna como un nuevo Nerón.

El talento narrativo de Max Gallo y sus profundos conocimientos históricos sumergen al lector en las vivencias y dudas que atormentan y hacen tambalear las creencias de Julio Prisco. Nos encontramos en lo más recóndito del corazón de Roma, en la intimidad de los romanos.

En el momento de su máximo esplendor con Marco Aurelio y en el comienzo de la caída del Imperio romano con su hijo Cómodo. Ocurrió hace dos mil años. Esta fascinante novela nos devuelve aquellos hechos y reflexiones al presente.

Marco Aurelio. El martirio de los cristianos es la cuarta novela del quinteto *Los Romanos*. Cada uno de los cinco volúmenes que conforman esta *suite* novelesca ilumina un momento y un personaje claves de la historia de Roma.

Las tres anteriores son: *Espartaco. La rebelión de los esclavos*, *Nerón. El reino del Anticristo* y *Tito. El martirio de los judíos*, ya publicadas. A Marco Aurelio. *El martirio de los cristianos* seguirá *Constantino el Grande. El Imperio de Cristo*, con la que concluye el quinteto.

REFERENCIAS CRONOLÓGICAS

Rómulo: 754-715 a.C.

República Romana

Mario, cónsul: 107 a.C.

Sila, cónsul: 88 a.C.

Guerra servil de Espartaco: 73-71 a.C. (**LOS ROMANOS, vol. 1**)

Pompeyo y Craso, cónsules: 70 a.C.

César cruza el Rubicón, 49 a.C.

Asesinato de César: 44 a.C.

Imperio Romano

Dinastía Julio-Claudiana

Octavio Augusto: 27 a.C.-14 d.C.

Tiberio: 14-37

Crucifixión de Cristo: hacia el 30
Calígula: 37-41
Claudio: 41-54
Nerón: 54-58 (**LOS ROMANOS, vol. 2**)
Galba
Otón
Vitelio: 68-69

Dinastía Flavia

Vespasiano: 69-79
Tito: 79-81 (**LOS ROMANOS, vol. 3**)
Domiciano: 81-96
Nerva: 96-98

Dinastía Antonina

Trajano: 98-117
Adriano: 117-138
Antonino Pío: 138-161
Marco Aurelio: 161-180 (**LOS ROMANOS, vol. 4**)
Cómodo: 180-192
Pertinax: 193

Dinastía de los Severos

Séptimo Severo: 193-211
Diocleciano: 284-304
Maximiano: 306-310
Galero: 304-311
Constancio I Cloro: 305-306
Severo: 306-307
Maximino II Daia: 307-313
Licinio: 307-323

Dinastía Constantiniana

Constantino I. 306-337 (**LOS ROMANOS, vol. 5**)
Crispo César: 317-326
Constantino II: 337-340
Constancio I: 337-350
Constancio II: 337-361
Juliano: 361-363

Joviano: 363-364

476-Fin del Imperio de Occidente

Dejadme ser pasto de las fieras que me van a permitir gozar de Dios. Soy el trigo de Dios; debo ser molido por las dentelladas de las fieras para que se me considere puro pan de Cristo.

Carta de Ignacio a los fieles de Roma

La sangre de los mártires fue la simiente de los cristianos.

TERTULIANO

¿La duración de la vida humana? Un punto. ¿Su sustancia? Huidiza. ¿Su sensación? Oscura. ¿Su composición física en general? No tarda en pudrirse. ¿El alma? Un torbellino. ¿El destino? Difícil de predecir. ¿La fama? Incierta. Resumiendo: lo relativo al cuerpo fluye como un río; lo relativo al alma no es sino sueño y humo. La vida es una guerra y una estancia en tierra extraña; la fama que dejamos atrás, un olvido. ¿Qué puede hacerla soportable? Solo una cosa: la filosofía.

MARCO AURELIO

Primera parte

1

Sentí asco y desesperación viendo a Cómodo, nuevo emperador de Roma.

Estaba riendo, tumbado junto a una de las mesas bajas de la taberna que había mandado instalar en la sala mayor del palacio imperial.

Tendía el brazo, recogía los dados, los volvía a lanzar mientras, a su alrededor, mujeres y jovencitos, maquillados, depilados, con el rostro empolvado de blanco y grandes círculos negros alrededor de los ojos, los labios de color rojo sanguíneo, el cabello a veces azul o cubierto con lentejuelas doradas, soltaban exclamaciones y lo felicitaban.

Se agachaban, sepultaban a Cómodo bajo sus cuerpos semidesnudos, y la risa del emperador adoptaba un tono más grave, parecido al gruñido de un felino al que se está acariciando y excitando con la punta de las uñas.

De repente, Cómodo se incorporó, apartó los cuerpos y solo retuvo contra su pecho a una mujer y a un adolescente, a quienes tenía atenazados por el cuello con sus brazos, de modo que aquella prostituta y aquel amante se debatían, acogotados, asfixiados; después los arrastró hasta la

penumbra, seguido por un tropel de cortesanos y de putas que volcaban a su paso mesas y literas, apartando a empujones a los esclavos en su prisa por unirse a Cómodo y compartir su lecho en una de las habitaciones vecinas.

Permanecí en la sala del palacio, ahora convertida en tugurio y lupanar.

Aquí mismo había oído yo la voz sorda de Marco Aurelio, a menudo cargada de ironía, quien fue proclamado «Dios Propicio» en el día de sus exequias y que durante sus diecinueve años de reinado recibió los calificativos de «el Sabio» y «el Filósofo».

En ese palacio hoy mancillado, con el rostro profundamente marcado y la rizada barba encanecida por la enfermedad, me dijo:

—No maldigas la muerte, Prisco, acógela con gusto, ya que es uno de los fenómenos que impone la Naturaleza. La disolución de nuestro ser es un hecho tan natural como la juventud, la vejez, el crecimiento, la plena madurez...

Y la voz de aquel sabio, a quien, según la edad, se le llamó «Marco, padre mío», o «Marco, hermano mío» o también «Marco, hijo mío», de aquel hombre honrado que había querido gobernar por el bien del género humano, ahora quedaba ahogada por las risotadas de esas putas, de esos eunucos, de esos perversos, y por los jadeos de placer del nuevo emperador de Roma, Cómodo, el propio hijo de Marco Aurelio.

¿Un hijo? Un depravado cruel, un «Nerón calvo», como a veces lo llamaban, un histrión al que le gustaba combatir en la arena, llevar las riendas de una cuadruga en las carreras del Circo Máximo.

Se regodeaba en las perversiones, bajaba el pulgar para que remataran a los luchadores vencidos.

Un hijo del que ya se murmuraba cuando solo era adolescente: «No es un príncipe, no es más que un gladiador; no, este no puede ser hijo de Marco Aurelio».

Pero este lo había reconocido como hijo legítimo nacido del vientre de su esposa Faustina.

¿Aunque, quién podía creerlo?

Estuve observando a Cómodo durante su infancia.

Rechazaba a los maestros de estudios. Bailaba, cantaba, silbaba, hacía perfectamente de bufón y de gladiador. Cuando se enfurecía, rompía las copas lanzándolas a la cabeza de los esclavos.

Ya sabía que era depravado, perverso, cruel, y uno de sus preceptores me había confesado: «Su boca, Julio Prisco, ya conoce la mancilla y el estupro», y había añadido bajando la voz, espantado: «Es cruel como una divinidad del Mal».

Supe que en cierta ocasión, hallándose en una de las villas imperiales, a orillas del mar, y al resultarle demasiado tibia el agua de su baño, Cómodo había ordenado que tiraran a la caldera al esclavo encargado del mantenimiento del fuego. El pedagogo que recibió tal orden mandó quemar en el horno una piel de cordero para que el humo nauseabundo hiciera creer a Cómodo que le habían obedecido.

¡Así era el hijo de Marco Aurelio!

Del hombre al que un día había oído decir, cuando estaba perdiendo vista y la lectura lo dejaba agotado:

—Ya ni siquiera puedo leer, Prisco. Pero aún puedo expulsar la violencia de mi corazón; aún puedo despreciar el placer y la pena; aún puedo superar la vanagloria; aún puedo no enfurecerme contra los necios y los ingratos. Es más, aún puedo seguir haciendo el bien.

A menudo me había fascinado, cuando no preocupado, el desapego de Marco Aurelio, su renuncia al mundo, su in-

sistente convicción de que todo es absoluta vanidad:

—Prisco, para despreciar el canto, la danza, la lucha, los juegos, basta con tomar sus elementos por separado. Por ejemplo, la música: si divides todos sus acordes en sonidos y te preguntas con cada sonido: «¿Esto es lo que me encandila?», dicho encanto se desvanece. Lo mismo ocurre con la danza: divide el movimiento en actitudes. Y así mismo con la lucha y los juegos. En una palabra, salvo en lo relativo a la virtud, reduce el objeto a sus últimos componentes y mediante esa división conseguirás despreciarlo. Aplica ese procedimiento a todo en la vida.

Y el hijo de aquel hombre, el nuevo emperador Cómodo, conducía cuadrigas vestido de auriga, vivía con gladiadores, besaba delante de los espectadores en el anfiteatro a su gitón^[1] Saotero, se rodeaba de prostitutas y de perversos con quienes se comportaba a veces como un sirviente, echándoles vino, lamiéndoles el cuerpo como un perro, y, entrometido y desvergonzado, solo gozaba con la depravación y para nada con el gobierno de la humanidad.

Así era el hijo de Marco Aurelio, el emperador filósofo.

¿Qué venganza divina era esa? ¿Qué culpa estaba expiando Marco Aurelio, condenado a legar a Roma un descendiente cruel que hacía que se olvidara la sabiduría, la medida, la virtud del padre y se recordara el reinado de la Bestia, los tiempos de Nerón?

Esos interrogantes no dejaban de atormentarme desde la muerte de Marco Aurelio. Me dio la impresión de que el propio emperador se los planteó en los últimos días de su vida.

A menudo me recibía en su tienda, en el centro de aquel campamento que las legiones habían levantado a orillas del Danubio, no lejos de Viena.

Las hordas sármatas, los marcomanos, los cuados, los germanos no dejaban de atacarnos. Dichas guerras contra

los bárbaros, los del Danubio, del Rin y del Éufrates, se habían iniciado con el advenimiento de Marco Aurelio, diecinueve años atrás. Y no habían cesado desde entonces.

Me percataba del cansancio del emperador. Tenía la sensación de que quería morir, por desesperación, no porque lo abrumaran esta guerra o esta vida de soldado, sino por tener a su lado a Cómodo, su sucesor, ese hijo con cara de boyero o carnicero, torso y modales de gladiador, insaciable, con sus labios y manos pringados de grasa, la de la carne asada de jabalí que arrancaba del hueso a dente-lladas.

En cambio, Marco Aurelio apartaba de su lado el plato lleno de sopa de trigo, rechazaba todo alimento, y se limitaba a picotear unas migajas de galleta cuando le tocaba arengar a los soldados antes de la batalla.

Cierta noche, unos diez días antes de su muerte, se tumbó con las manos cruzadas sobre el pecho, con aspecto cada- vérico, el rostro demacrado y la piel desgarrada aquí y allá por los huesos: en las falanges, los codos, los pómulos, los hombros.

Me hizo una señal para que me acercara:

—Prisco, lo único por lo que podría sentir apego y ganas de seguir viviendo sería la felicidad de hallarme entre hombres que opinasen como yo. Pero heme ahora aquí, con el alma destrozada, y qué puedo exclamar sino: «Oh muerte, no te demores más, no vaya yo también a olvidarme, a renunciar a la sabiduría, a volverme...».

No añadió: «como Nerón y otros emperadores que mataron a los suyos», pero fue lo que entendí.

Y puede que Cómodo hubiese adivinado, tras su frente baja, el desprecio que le tenía su padre, la tentación de asesinato a la que temía sucumbir, motivo por el cual quería morirse. Al fin y al cabo, no sería extraño que el hijo hubie-

se envenenado al padre, harto ya de verse confrontado a ese hombre que no se le parecía en nada.

No pude ocultar a Marco Aurelio mi pena, mi desesperación de verlo suicidarse de manera casi apacible, sin que ni siquiera la agudeza, el destello, la punta de una cuchilla acudiese a segarle la vida. Iba apagando la llama dejando de alimentar la hoguera.

Al sexto día de su enfermedad, tan débil que parecía una presa indefensa, me tomó la mano y murmuró:

—¿Por qué lloras por mí, Prisco? Piensa más bien en la peste...

Se volvió hacia los allegados, centuriones, tribunos y legados que se hallaban reunidos en la tienda:

—¡En cuanto a vosotros, pensad en salvar el ejército! Solo me estoy adelantando a vosotros.

Alguien le preguntó a quién encomendaba a su hijo, al que ya había ascendido a la dignidad de *imperator*, de cónsul, de Augusto, y murmuró: «A vosotros, si se muestra digno de ello, y a los dioses inmortales».

Pero nadie pudo impedir que Cómodo mancillara el recuerdo de su padre llenando el palacio imperial de prostitutas y de perversos, de gladiadores, de aurigas de circo y de anfiteatro, y expulsando de Roma a quienes antaño fueran colaboradores de su padre.

No esperé la humillación y los peligros del exilio que estaba ordenando el emperador, y dejé mi casa del Palatino.

Me instalé en la villa de Capua que había construido mi antepasado Gayo Fusco Salinator, uno de los fundadores de mi linaje, en tiempos de César y de Craso, más de dos siglos atrás.

Una generación tras otra, los míos habían añadido edificios, campos en los que se cultivaba cebada y trigo y una

inmensa huerta que rodeaba la colina en cuya cumbre se alzaba nuestra morada familiar.

Llevaba tres años sin salir de ella, dando vueltas repetidamente a ese destino de Marco Aurelio, un hombre de bien que no había podido legar a Roma nada mejor que ese Cómodo. ¿A qué se debía esa elección de los dioses? ¿Qué falta había cometido?

Meditaba, leía una y otra vez sus escritos.

Yo, Julio Prisco, un anciano de sesenta y seis años, pasaba las noches con una joven esclava, Doma, a la que había libertado y de quien esperaba que me diera un hijo, siempre que los dioses quisieran.

Pero temía a la vez dicho nacimiento. Un dios vengador podía engañarme, ponerme la trampa de un niño que renegaría de mí, igual en eso a Cómodo, que había traicionado a Marco Aurelio.

Caminaba para intentar poner sosiego en el tumulto de mis pensamientos.

Iba y venía por la huerta. Me deslizaba entre los árboles. Su presencia me tranquilizaba. Eran los retoños de los plantados por mis antepasados, y yo era, como ellos, el descendiente de todos aquellos, hombres y mujeres, que habían vivido aquí antes que yo.

Me tumbaba en la cama de mi biblioteca. Enfrente de mí tenía la estatua de Marco Aurelio que mandé esculpir unos días después de su fallecimiento.

Al caer la noche, los esclavos traían las lámparas y yo desenrollaba esos manuscritos redactados por dos de mis antepasados.

Gayo Fusco Salinator había narrado la Guerra Servil de Espartaco, en la que había participado junto a Julio César y Craso.

Por su parte, Sereno había escrito cien años atrás los Anales de su vida.